



UN DIA POR DEMÁS TRISTE QUE PARECIA DE FIESTA.

ROMANCE.

Hoy viste mi acorde lira
de crespon y negros lazos,
y al compás de mis suspiros
la voz trémula levanto;
que en esta trova sentida
voy á cantar angustiado
que existen pechos mas duros,
mas duros que el mismo mármol;
pechos de séres que gozan
en el ageno quebranto,
que de la angustia se rien
y mofan del desamparo:
séres que en son de verbena
llegan al pié de un cadalso,
que se estrujan en su torno,
que le conteplan ufanos,
se impacientan si se tarda
el ejemplar espectáculo,
y en una fiesta convierten
el suplicio de un hermano.
Así el tigre en el desierto
por otros tigres rodeado,
del perdido caminante
olfatea ansioso el rastro;
lo sigue con pertinacia
sobre el arenal saltando,
divisa al fin á la víctima

y se para y se hace un arco,
y vuelve á avanzar sañudo,
y al mirarle anonadado
con lágrimas en los ojos
su compasion demandando,
se alarga, casi se tiende
y se acerca paso á paso,
y sobre el vientre se arrastra
hasta casi ya tocarlo;
y si otro tigre se encuentra
del viajero mas cercano
y le arrolla entre sus uñas
herido y ensangrentado,
entonces mira anhelante
los enrojecidos charcos
y los liba, en el banquete
que se le espera gozando.
De este modo los que fieros
como el tigre sanguinario
en la agonía se gozan
de un mísero ajusticiado,
de este modo se aproximan,
de este modo van llegando
cruelles y palpitantes
hasta el tétrico tablado...
Y... pero no adelantemos,
escuchad el fiel relato



que en esta mi triste trova,
que con suspiros empapo,
hago al compás de mi lira
que vibra en son apagado,
orlada de crespon fúnebre,
ceñida de negros lazos.

* *

Erase un día apacible
del alegre mes de Mayo,
en que entre bosques de flores
cruza el céfiro galano.
Vestida de rosa y nieve
la aurora se ha despertado,
y entre cortinas azules
vá juguetona avanzando;
ya indiscreta de su traje
desciñe los velos cándidos
de las leves nubecillas
que cual gasas van flotando
de las auras juguetonas
entre el beso perfumado;
ya entre las brisas armónicas
su rica falda rizando
deja ver del sol radiante
las hebras del primer rayo;
ya por fin cual vírgen púdica
que se dispierta soñando
al objeto de sus ansias,
con el rostro bello y pálido,
y á la luz que ardiente hiere
sus ojos semicerrados,
interpone el rico velo
de algun cortinon bordado;
de tal guisa entre una franja
que la luz vá disipando
se pierde en el horizonte
radiante, azul y diáfano.
Risueño amaneció el día
y Madrid fué despertando
al arrullo de sus fuentes
y las brisas de sus prados.
Risueño amaneció el día,
alegre fué adelantando
y mil sonos bulliciosos
vibraban por los espacios.
Simones á la carrera
en gran tropel se escucharon
transitar por ciertas calles
con rumor continuado;

y á la par con grande priesa
muchos ginetes pasaron
con las punzantes espuelas
sus corceles agujijando;
y ómnibus tambien se vían
desapareciendo rápidos
entre las nubes de polvo
que en su torno levantaron.
Por cada acera estrujándose
iban grupos desfilando,
que en las nuevas avenidas
notablemente engrosados,
cual arroyo que la lluvia
hace saltar desbordado,
de las calles por el centro
se fueron diseminando
hasta marchar confundidos,
gente, coches y caballos.

* *

Yo al escuchar tal estruendo,
de tal bullicio admirado,
me mezclé con el concurso
la esperanza cobijando
de que tanta gritería,
tanta bulla y gozo tanto,
eran el dulce prelude
jugueton, vivo, espontáneo
de entusiasta romería,
de festejo inusitado,
que al pueblo regocijaba
siempre de alegrías ávido.
Seguimos todos de prisa,
calles y plazas cruzamos,
y cada instante creciendo
de la gente el entusiasmo,
como aquel que en altas rocas
un abismo contemplando
precipita su carrera
del vértigo dominado,
y corre y corre frenético
hácia el peligroso tajo,
y por él se precipita
un ronco grito lanzando;
de este modo por la gente,
como quien dice arrastrado
en su ruidosa algazara
fui activa parte tomando,
y como todos seguia
corriendo desatinado



con la alegría en el alma,
 con la sonrisa en el labio,
 Ya pensaba que sería
 un militar simulacro
 lo que á miles de curiosos
 atraia entusiasmados;
 ora tal vez al patriótico
 y solemne aniversario
 de alguna de nuestras glorias
 inolvidables de antaño;
 y... salimos de la villa,
 y... á una pradera llegamos... Y
 y... se heló mi sangre toda...
 y en torno miré angustiado,
 y no viendo ni á uno triste
 dije aturdido: ¡insensatos!

Sí, que mi mirada ¡cielos!
 en el centro de aquel prado
 vió sobre un mar de cabezas
 que en su torno se agruparon,
 vió destacarse terrible
 un afrentoso cadalso.
 Me detuve estremecido
 de fuerzas y valor falto,
 quise volverme á la villa,
 deshacer quise lo andado,
 mas cerca de mí, muy cerca,
 contemplé triste avanzando
 una corta comitiva
 á que abrian todos paso.
 Cóncavo se oia el golpe
 de un tambor que destemplado
 su sonido melancólico
 lanzaba por el espacio.
 De la paz y caridad
 en pos iban los hermanos
 conduciendo un crucifijo,
 que con los abiertos brazos
 y el semblante cadavérico,
 la agonía retratando,
 imágen del dolor era
 que sobrecogia el ánimo:
 luego en pos seguia el reo
 tembloroso y consternado,
 de la reina de los ángeles
 con una estampa en la mano,
 que besaba enternecido,
 que invocaba sin descanso.

Junto al reo un sacerdote
 en su oido murmurando
 plegarias que él repetia
 con acento entrecortado.
 Y precediéndoles marcha
 un hombre de rostro uraño,
 de mirada torva y fria
 que al suelo inclina afrentado.
 Es el mísero verdugo
 taciturno y cabizbajo,
 lúgubre sér que con miedo
 y con vergüenza miramos.
 Es el verdugo, ¡infelice!
 es el verdugo menguado,
 el que infama al darles vida
 á sus hijos desdichados.
 Es un hombre que nos causa
 cuando se aproxima pasmo,
 y de que todos se alejan
 cual si fuera un apestado.
 ¡Infelice! estremecido
 ante el honroso trabajo,
 tomó un oficio que afrenta,
 y vive... ¡vive matando!
 ¡Abridle todos camino,
 y por su angustia encorvado
 pase cual la negra nube
 que desdichas vá sembrando!

Resonaba el tambor hueco,
 y á su sonido apagado
 se une el de una campanilla
 que oraciones vá implorando.
 Pero ¡ay! que en torno mio
 los ojos volví angustiado,
 y ví semblantes alegres
 ó curiosos... ¡insensatos!
 Ví la gente codeándose,
 y muchos coches parados,
 y ginetes impasibles
 sobre sus bricosos caballos.
 Y ví al reo que aturdido
 con su mirar apagado
 parecia se quejaba
 de aquel bullicio satánico.
 Sí, que las voces seguian,
 y hasta risas se escucharon,
 y disputas se mezclaban
 de muchos que arrebatados



de curiosidad punible
 quizás hallaban escaso
 el punto que aquella angustia
 de un prógimo saborearon.
 Luego en pos sobre el patíbulo
 el reo pareció, y cuando...
 de la ley inexorable
 se cumplía el justo fallo...
 ¡entonces ví algunos ojos
 que en lágrimas se mojaron!
 ¡Oh pueblo! yo te doy gracias
 por esas gotas de llanto,
 que me prueba que no todos
 teniais pecho de mármol.
 Mas al compas de su lira
 un poeta atribulado

á quien ese día hicieras
 el corazon mil pedazos,
 un poeta os lo repite
 en este sentido canto:
 no mas fiero se mostrara
 ¡ay! el tigre sanguinario
 que esas turbas que risueñas
 llegan al pié de un cadalso
 llevadas de sus instintos
 fieros y desapiadados.
 Y todos, todos, sabedlo,
 es muy cruel, no es cristiano,
 no es de pechos generosos,
 no es de valientes ni honrados,
 convertir en una fiesta
 el suplicio de un hermano.

CÁNDIDO.

